

Poesía y Cuento

NOV./DIC. '87

EL MORGANILLO

Nº 9



OLLA COMUN: EL FESTIN DE LOS DESHEREDADOS

BRUNO SERRANO,
Olla Común, Santiago

En los últimos años en nuestro país, numerosos poetas jóvenes han ido publicando sus textos. Se habla de una generación, la del 73 dicen algunos, la del golpe dicen otros. Unos y otros poseen en sus discursos poéticos un referente de "realidad" que es innegable y que condiciona su mundo. Bruno Serrano no está al margen de esta tendencia; sin embargo, pocos han sido los poetas capaces de asumir y compartir esa realidad desheredada por la historia, asumirla en el texto y hacerla praxis en la vida.

Ya el título del poemario nos remite a la marginalidad, a la situación límite de un colectivo, que, para sobrevivir, articula una organización que tiene como fin, procurar el alimento para el conjunto de sus integrantes.

Es ahí donde se ubica este libro, ese es su contexto. Las cinco secciones en que se divide están entrelazadas por la "realidad", puesto que la imaginaria de esta poesía reside en afirmar esas claves de realidad ya enunciadas, mediante un lenguaje coloquial, donde la jerga, el "habla popular" se tensionan, embellecidas por imágenes acertadas y, a veces, luminosas. El ritmo que recorre estos poemas, más que pensado es sentido. Su pie es funcional y en él la "oralidad" juega un rol de primer orden. Esta no es una poesía de "inteligencia", sino de la emoción. El hablante transgrede la pasividad, es opinante, y recorre los espacios que crea como uno más entre los tantos personajes que conviven a lo largo del libro.

El discurso, en su totalidad, hace

las veces de un correlato a la "vida oficial" que nos "permite" el régimen. Está envuelto en una voluntad de rescate y de solidaridad. De rescate de valores y de identidad. Al proletariado y/o marginalidad, Bruno Serrano, lo envuelve en un halo casi mítico, lo enaltece, incluso sus manifestaciones más simples de juego, de trabajos, se ven elevadas a categorías que lindan en lo excelsio. Todo el planteamiento de sus textos está en oposición a las estructuras de dominación y sus efectos. Se fustiga al imperialismo, el racismo que sufre el pueblo mapuche, la explotación a los homicidas que van y vienen por la patria, a la tecnología y el afán destructor de los hombres al usarla sobre la naturaleza. Se nos pide volver a la tierra que es sagrada.

Si bien, es cierto, que en algunos pasajes su tono es "Plañidero", no es menos que justicia afirmar que la mayor parte de las veces sale airoso de ese pseudo melodramatismo, debido a soluciones muy acertadas, como sus grandes recursos en imágenes, en intuición, y en metáforas, anteponiendo belleza, a un discurso que sin ella, sólo sería un paradigma de denuncias.

En síntesis, saludo este libro que emociona por su sencillez, su verdad que contiene sueños por todos anhelados. Tal vez para algunos exquisitos, ya no sea válido y simple "gozar" de la cálida humanidad que emana de estos poemas, pero ese ya no es un problema de "Olla Común" si no del grado de amor y de fraternidad humana, o en su defecto, de carencia, que en buena o mala hora los lectores tenemos en nuestro paso por la tierra.

José María Memet

EDITORIAL

A su debido tiempo, me parece que todo poeta en esta sociedad se suele considerar un sobreviviente de una perdida edad, un ente arcaico. La poesía es una enferma grave, a la que se le toleran algunos caprichos en espera de su futura muerte, y también la Cenicienta de los géneros literarios, aún cuando la novela sea "la poesía de los tontos", según dice mi amigo el poeta Eduardo Molina Ventura.

La burguesía ha tratado de matar a la poesía, para luego coleccionarla como objeto de lujo. Es un signo de estos tiempos ver cómo medio mundo reúne cosas que nunca se usarán: volantines que jamás se enredarán en un árbol, botellas que nunca recibirán vino, redes de pescadores que no sirven para atrapar un pez, llaves mohosas para ninguna puerta, "posters" con efigies de muertos que de alguna forma se contribuyó a matar. El poeta es un ser marginal, pero de esa marginalidad y de este desplazamiento puede nacer su fuerza: la de transformar la poesía en experiencia vital, y acceder a otro mundo, más allá del mundo asqueante donde vive. El poeta tiende a alcanzar su antigua "conexión con el dínamo de las estrellas", en su inconsciente está su recuerdo de la edad de oro a la cual acude con la inocencia de la poesía. Si soy extraño en este mundo no soy extraño en mi propio mundo, reflexiona el creador, y a la larga, en poesía, "lo que no es práctico resulta ser lo práctico", como dice Gunnar Ekelöf. Pienso en dos poetas chilenos ya fallecidos que pagaron con su vida su calidad de poetas; Teófilo Cid y Carlos de Rokha, ambos "amateurs de la lepra", en nuestro medio. Sí, la poesía está considerada como la lepra en este mundo en donde muere la imaginación, en donde la inspiración está relegada al desván de los muebles viejos. Astronautas antisépticos en esterilizados vehículos llegan a la Luna a plantar sus pequeñas banderas, y a transmitir mensajes sin sentido, serán artistas de circo en la "caja de los idiotas" de la TV. Al contrario, pienso en los verdaderos conquistadores como Cristóbal Colón, que parte sin mapas junto con un equipo de locos y presidiarios hasta que aparece el Nuevo Mundo que surge gracias a su visión; en Ponce de León muriendo en pos de la Fuente de la Juventud; Gonzalo Pizarro yendo hacia El Dorado; el padre Meléndez en estrechas chalupas bogando por los canales hacia la Ciudad de los Césares. Qué puede ver el ciudadano del siglo XX en la Luna, sino un pequeño satélite cuya probable utilidad será la de depósitos de perfeccionados proyectiles nucleares, allí donde los jóvenes irlandeses veían el rostro de su futuro amado, los puritanos de Boston a un duende maléfico, los nativos de Samoa a una anciana hilando nubes, los niños de hace treinta años a la Sagrada Familia rumbo a Egipto. El poeta es el guardián del mito y la imagen hasta que lleguen tiempos mejores.

Eduardo Llanos

EXPIRACION

Esta es una grabación
que se autodestruirá
un día en que su último verso
se acalle con el gran estallido.

Esta es una grabación,
la idea fija de alguien en cuyo cerebro
se enmarañaban en nudos ciegos los cables de última hora
y los versículos del Apocalipsis.

Esta es una grabación
que él escribió con su penúltima hilacha de neuronas,
con el último cuajarón que pudo desgajar de su pecho
poco antes de tumbarse en el planeta calcinado.

Esta es una grabación,
una historia que se repite, se repite y se repite,
mientras los últimos sordos discuten estrategias
y se lavan las manos con lágrimas de viudas.

Esta es una grabación,
pero dentro de poco será polvo en el polvo
ecos de una oración para que los cielos se abran
y se oiga al fin el rumor del universo, ese único verso
sin principio ni fin.

T
EST
A
SE
L
A
R
U
S
E
S
T

R
G
B
A
C
I
O
N
S
E



C
I
O
N
N
Z

INVISION

Solloza mi sobrino en la noche
y yo acudo a mecerlo en la ventana,
hasta que de espaldas a la luna él retorna a su sueño.
Y quedo ahí, de cara a las estrellas,
anhelando que baje un dios a consolarme,
porque también soy un niño que solloza en la noche.

S

Eduardo Llanos

Nació en 1956. Publicó en 1983 'Contradiconario'. Ha obtenido diversas distinciones en concursos nacionales y extranjeros.

Daniel Luthier



*Half of what I say is meaningless
but I say it just to reach you...*

JOHN LENNON

Miente la noche miente
a veces el polvo desciende a la morada de los sueños
y turbio todo eriza la humareda de lejanos astros.

Desde tu más oculto anhelo entonces,
hasta la invisible traza delfín confín y soplo del Auriga
se repiten desbocados los incendios de los años muertos.

y el otro velado el rostro
cuenta las cabezas como cercenados guijos
a la hora en que la sangre tiñe los estuarios
y otilando se derrama el alma del Angel engañado
que con una espada de ceniza va trizando la resurrección.

Más no es esto sino lo otro lo que vive y palpita
el susurro en la memoria de la espuma
el clamor en las caletas difuso y rumoroso
cuando asciende tembloroso el yodo por los muslos
y sabes la albahaca el vértice de la amapola
y el soplo de los arenales que desciende de las docas
el élitro sonoro del deseo que musita sin mancha
el verbo primero que tocó tu pulso
"qué hermoso, qué hermoso que tú existas".



Daniel Luthier

Nació en 1956. Publicó en Grecia
"Estatuto del amor", "Fajaj" y
"Alrededor de los muros". Tra-
ductor de poesía griega al caste-
llano.



MIRADOR

*Appelant toute chose, je récitai qu'elle
était grande.....*

SAINT-JOHN PERSE

“Amame, ámame esta noche”...
Y abajo
con su sola lengua manchada
el mar
de la boca brotando, de los ojos.

Que tanto el tiempo caído a borbotones
arrastrando la espuma hasta la sombra
tanto patio olvidado, tanto musgo y portones
el día marcando el sueño del estuario
—“ámame, ámame esta noche”—
el sudor que viaja
subiéndote por las caderas
“tonight, maybe after” arrollándome en la arena.

“Amame, ámame esta noche” que una niña baila en el balcón.

Lisboa, 6.3.82.



Los pastos crecían cuando te encontré acurrucada
tiritando de frío contra los muros
Entonces te tomé
con mis manos lavé tu cara
y ambos temblamos de alegría cuando te pedí
que te vinieses conmigo
Porque ya la soledad no era
yo te vi llorar alzando hasta mí tus párpados quemados
Así vimos florecer el desierto
así escuchamos los pájaros de nuevo cantar
sobre las rocas de los páramos que quisimos
Así estuvimos entre los pastos crecidos
y nos hicimos uno y nos prometimos para siempre
Pero tú no cumpliste, tú te olvidaste
de cuando te encontré y no eras más que una esquirola
en el camino. Te olvidaste
y tus párpados y tus piernas se abrieron para otros
Por otros quemaste tus ojos
Se secaron los pastos y el desierto me fue el alma
como hierro al rojo sentí las pupilas
al mirarte manoseada por tus nuevos amigos
nada más que para enfurecerme
Pero yo te seguí queriendo
no me olvidé de ti y por todas partes pregunté
si te habían visto y te encontré de nuevo
para que de nuevo me dejaras
Todo Chile se volvió sangre al ver tus fornicaciones
Pero yo te seguí queriendo y volveré a buscarte
y nuevamente te abrazaré sobre la tierra reseca
para pedirte otra vez que seas mi mujer
Los pastos de Chile volverán a revivir
El desierto de Atacama florecerá de alegría
las playas cantarán y bailarán para cuando avergonzada
vuelvas conmigo para siempre
y yo te haya perdonado todo lo que me has hecho
¡hija de mi patria!

IV

Son espejismos las ciudades
no corren los trenes, nadie camina por las calles
y todo está en silencio
como si hubiera huelga general
Pero porque todo está hecho para tu olvido
y yo mismo dudo si soy muerto o viviente
tal vez ni mis brazos puedan cruzarse sobre mi pecho
acostumbrados como estaban al contorno de tu cuerpo
Pero aunque no sobrevivirán muchas cosas
y es cierto que mis ojos no serán mis ojos
ni mi carne será mi carne
y que Chile entero te está olvidando
Que se me derritan los ojos en el rostro
si yo me olvido de ti
Que se crucen los milenios y los ríos se hagan azufre
y mis lágrimas ácido quemándome la cara
si me obligan a olvidarte
Porque aunque hay miles de mujeres en quien poder
alegrarse y basta un golpe de manos
para que vuelvan a poblarse las calles
no reverdecen los pastos
ni sonarán los teléfonos ni correrán los trenes si
no te alzas tú la renacida entre los muertos
Hoy se han secado los últimos valles
y quizás ya no haya nadie
con quien poder hablar sobre la tierra
Pero aunque eso suceda
y Chile entero no sea más que una tumba
y el universo la tumba de una tumba
¡Despiértate tú, desmayada, y dime que me quieres!

Gonzalo Rojas



ADIOS A JOHN LENNON

Acostúmbrate, John, a verlas por el periscopio
de mármol, a palparlas
desde ahí tan lejos en tu escafandra
de raso,

ah y por liturgia
aunque sea sábado y sigas
teniendo 22 tocando
durmiendo toca hasta el fin,
estremecimiento de diamante,

no

huelas la locura de estas rosas.

RETRATO DE MUJER

Siempre estará la noche, mujer, para mirarte cara a cara,
sola en tu espejo, libre de marido, desnuda
en la exacta y terrible realidad del gran vértigo
que te destruye. Siempre vas a tener tu noche y tu cuchillo,
y el frívolo teléfono para escuchar mi adiós de un solo tajo.

Te juré no escribirte. Por eso estoy llamándote en el aire
para decirte nada, como dice el vacío: nada, nada,
sino lo mismo y siempre lo mismo de lo mismo
que nunca me oyes, eso que no me entiendes nunca,
aunque las venas te arden de eso que estoy diciendo.

Ponte el vestido rojo que le viene a tu boca y a tu sangre,
y quémame en el último cigarrillo del miedo
al gran amor, y vete descalza por el aire que viniste
con la herida visible de tu belleza. Lástima
de la que llora y llora en la tormenta.

No te me mueras. Voy a pintarte tu rostro en un relámpago
tal como eres: dos ojos para ver lo visible y lo invisible,
una nariz arcángel y una boca animal, y una sonrisa
que me perdona, y algo sagrado y sin edad que vuela de tu frente,
mujer, y me estremece, porque tu rostro es rostro del Espíritu.

Vienes y vas, y adoras al mar que te arrebató con su espuma,
y te quedas inmóvil, oyendo que te llamo en el abismo
de la noche, y me besas lo mismo que una ola.
Enigma fuiste. Enigma serás. No volarás
conmigo. Aquí, mujer, te dejo tu figura.

Gonzalo Rojas

Nació en 1917. Ha publicado "La miseria del hombre", "Contra la muerte", "Oscuro", "Trans-tierra", "Del relámpago" (antología) y "50 poemas", entre otros.

Sergio Medina

METRO

(Fragmento)

Este hombre ha peinado sus cabellos untosos apegados a sus sienes

el cabello brilla con las luces
el unto del cabello se está secando y comienza a caer como un polvillo sobre los hombros

luces azules cruzan la ventanilla las puertas se abren la escalera mecánica sube hasta el abismo brillante de las sienes

los ojos tienen un unto y una forma caída
alguien podría caer en este abismo y ser arrollado por las luces que guardan el túnel

el cabello cruza las sienes como luces brillantes la mirada sin embargo parece chocar en el fondo y al mismo tiempo parece que no estuviera

ayer bajé a desayunar y no encontré la salida

la estación se detiene los ojos se detienen las puertas se cierran en la frente del hombre



e las sienes rígidas se deti
enen en lo brillante del unto
que ha ido secándose y cae c
omo un polvillo sobre los homb
ros del hombre

*

Entonces el túnel me llamó y m
e dijo que todo era mentira
que yo nunca salí porque temo
a la luz de la escalera

ese cree que va hasta su casa
me dijo pero yo sé que él ta
mbién tiene los cabellos untad
os bajo la boina

lo sé porque me lo he leído
los qué de mi bolso y me lo l
eí antes de que sus ojos regre
saran desde el fondo

ahora quiere escapar de mi bol
so como escapa la estación por
la orilla de la gente sabe
que los guardias leerán en lo
brillante de sus sienes y ter
minarán por echarlo en el abis
mo de la escalera

perderá sus ojos me dijo
en lo húmedo del túnel

Arriba el tiempo movía los árb
oles y yo habría seguido all
í tirado bajo el blanco de los
semáforos mirando mis manos
deambular con el cielo abierto

pero el túnel me llamó y me di
jo que olvidara la luz de mis
piernas y el vaivén de los árb
oles

porque todo está subido en el
girar de la escalera

y porque yo mismo soy Dios
meciéndome en el azul del tiem
po.

Sergio Medina

Nació en 1954. Inédito.

CUENTO

Pedro Mardones

MELANIA

La vida en Iloca no es siempre un pito de tren a la distancia, o el parloteo de las campanas de la capilla; a veces suceden cosas. Y ese día debía ser para Melania el acontecimiento que cambiaría su vida.

Por fin, después de tantos años de soledad y miseria, tendría algo valioso, y realmente valioso. Ella no conocía a nadie en el pueblo que tuviera un diente de oro. Debía tomar el tren de las ocho a Santiago y no llegar tarde a la consulta. Se miró por última vez al espejo y sonrió: allí estaba el boquerón que brillaría entre sus dientes. Tomó su cartera, un descolorido rectángulo, y caminó hasta la puerta. La calle serpenteaba entre latones y bacini-cas cuajadas de cardenales.

El sol tibio, quebraba su sombra en las paredes, mientras iba contoneando su afilado cuerpo de solterona.

Todo era diferente aquella mañana. Al cruzar el patio de Bernardo, unas palomas que comían en un montón de basura emprendieron el vuelo tan precipitadamente, que dejaron en el aire algunas plumas y papeles. Nadie supo esa partida. Aquella mañana se iría para siempre la triste y sola Melania.

El tren se detuvo bufando. Bocanadas calientes ocultaron por un momento la estación, hasta que la estructura de metal no fue más que un guión oscuro que resaltaba sobre los cerros de la costa. Tras una ventana, sus pupilas se movían como cristales rotos. El verde follaje era una cinta que corría afuera, cambiando a ratos en los sordos colores de los cerros. Emanaciones gaseosas subían como telones, liberando el campo de su prisión etérea.

Entonces, entraba el sol formando grutas amarillas en la espesa niebla. En momentos el tren se sumergía en el vaho matinal y ella quedaba de nuevo recluida en ese vagón de tercera, siendo su forma el trazo cruel que rompía lo monótono de los asientos desocupados. Una y otra vez, corría entonces, detrás de su pasado, y su cara de gárgola se enmarcaba en la ventana para verlo pasar.

Y fueron tantos... Era un desfile de hombres que a veces ni siquiera tuvieron un apellido. Algunos los vio pasar meses, años, hasta que les dirigió la palabra y ellos experimentaron el sobresalto de la cara entre bruja e inocente de la Melania: esa faz de arpon contraída por el aire salino y la soledad.

Pero de eso hacía tanto, que ya casi no se acordaba. Ahora, en su mente, la perla que sería su aval rodaba desde lejos a su encuentro, creciendo, licuándose, tomando la forma de una

corona que recibía con justicia y humildad. Estiró una mano para tocarla y desapareció, quedando como fondo el paisaje luminoso del campo.

El reloj de la estación marcaba las doce cuando llegó a Santiago. De allí a la consulta era media hora. No tenía prisa: en su cartera apretaba los dos mil pesos que juntó durante tanto tiempo. Ella ni se movió cuando le introdujeron la pieza.

Al comienzo, la lengua desacostumbrada al intruso, insistía en acomodarse en su antigua concavidad. La boca la sentía estrecha, con los dientes apretujados, pero luego, al pasar por una vitrina, se atrevió a sonreír, aunque fuera a sí misma. Y no dejó de hacerlo, la extraña mueca la trajo consigo hasta la misma Estación, donde alguien le tocó el codo y ella cerró herméticamente la boca.

En todo el pueblo se habló del increíble cambio, incluso el cura, en la prédica dominical, hizo alusión a la extraña perla de la Melania. Se la veía a toda hora exhibiendo su preciado tesoro. Incluso Bernardo, cuando lo supo, tuvo un gesto de amabilidad, pero ella no se iba a dedicar sólo a Bernardo, habiendo tantos hombres a quienes sonreír. Melania no podía estar más contenta: por mucho tiempo sería la reina de ese lugar. Nadie tenía dinero para viajar a Santiago y menos aún para ponerse un diente de oro.

No había de qué preocuparse.

Pero, cuando se está más confiado es cuando suceden las cosas... El dentista era viejo y pobre. Llegó al pueblo con un maleta como acordeón y se instaló con grandes carteles, ofreciendo rebajas y cómodas facilidades para pagar sus trabajos.

Ella lo supo al instante y después de verse rodeada de tanta gente, se quedó sola una noche mirando la luna...

Ella, que jamás la había visto tan grande, como una naranja de hielo, su boca abierta ya no sería atractivo, tanta gente tendría dientes de oro que mostrar... Ese médico realmente le había hecho daño. Así es que siguió caminando por la huella de una nueva derrota hacia su casa, se tocó el diente de oro y éste relampagueó con un destello decorativo, sencillamente inútil. Ese matasanos le había hecho un mal irreparable.

Las nubes de pronto taparon el cielo y la luna y Melania desaparecieron en la sombra azul de la noche. Los perros gruñían con fiebre tras los portones. Melania había vuelto caminando como autómata, con los ojos secos, como vacíos de todo. En esa oscuridad, ni siquiera el diente brillaba, su calle era una manga de tinieblas que ella recorría a tropezones. Sólo deseaba llegar a su casa que ya debía estar cerca, tenía que buscarla a tientas, tropezando con las piedras, la oscuridad era tan espesa...

Entonces chocó con la puerta y fue agudo el lanzazo que se inyectó en su ojo.

Era ese maldito clavo que sobresalía de las tablas el que se había ensartado en su cuenca como una espina. Fue sólo un grito destemplado que se clavó en el cielo como una estaca de dolor. Los perros ladraron una vez más y se callaron. La luna teñida de sangre, apareció de nuevo como el ojo de la noche arañado por las nubes.

La llevaron sangrando al Policlínico y de allí a la capital, porque en el pueblo nunca hubo un especialista. Un hilo de sangre destilaba por su barbilla y caía al piso del tren, que nuevamente la veía partir.

“Señora, ¿le duele mucho? ¿Fue un accidente?”

El boleterero le miraba su ojo tapado

EL FIN DEL MUNDO

El espacio representado o, más bien, referido en estos textos, se ha amplificado vertiginosamente. Pero no se ha descomprimido, sino todo lo contrario; la increíble y desigual acumulación de historia y de materiales históricos, incluso de deshecho, ha conducido a la creación de zonas álgidas, de gran presión y explosividad. El espacio aéreo y sideral es campo de juego de los protagonistas y potencias en conflicto. Los pilotos de los Sea-Harrier vuelan —“como un mar mareado”— en un cielo que “salió de noche como un cotraeclipse”.

Pero su jefe —Phillip Rastelli, oriundo de Calabria— muere (im)previsiblemente. Sus funerales tienen lugar en el cielo. Es enterrado (mejor dicho, encielado) en un enorme bloque de mármol que transportan hacia arriba cuatro harrier en vuelo vertical: “Más al cielo nos esperaban unos Harrier-Cargo/ montando unos cortinajes rojos gigantes/ que le habíamos pedido al coreógrafo Toesca/ y que hacían entrar al cielo en penumbras/. En ese parqueadero le untamos la pasta macabra/... dejándolo embalsamado en estado de explosión”.

El fin de los tiempos parece próximo. Pero al autor de estos poemas de anticipo es un profeta ni se disfraza de tal. Su ánimo es lúdico, incluso jubiloso, no sólo porque la catástrofe final nos liberará, por lo menos, del peso de la noche. Más bien —o también— porque ya en su libro anterior había abierto un forado en el desarrollo negativo de la historia, aparentemente inexorable, cuando *La Tirana* le dice a sus hermanas: “Pero seguí subiendo/ y manchando el cielo” Es decir, reintegrándolo a la tierra. A nosotros.

JUEGOS PELIGROSOS

Diego Maquieira, Los Sea-Harrier en el firmamento de eclipses, Santiago, Francisco Zegers Editor, 1986, sin paginar.

Ya desde el punto de vista de la acumulación de textos —y del show que se hace con ellos— es innegable la presencia de una voluntad neovanguardista en la producción literaria chilena del último decenio. Coexiste, es verdad, con tendencias de desarrollo anterior —como la antipoesía, la poesía lárca, la escritura de Enrique Lihn, los trabajos de la generación dispersa— que no necesariamente han perdido su derecho a la existencia y su capacidad representativa respecto a un presente que se ha hecho cada vez más inasible.

Hace algunos años, Diego Maquieira había sorprendido con *La Tirana* (1983), conjunto diversamente desconcertante de textos (des)ordenados en cuatro grupos. Las connotaciones escatológicas de sus imágenes —que perforaban el sistema de significaciones y el sistema de los objetos— apuntaban al fin de los tiempos en una especie de operación desalegorizante: “Que sepa cada gallina nacida aquí/ que el cielo se va a abrir/... que va a quedar un medio hoyo/ y desdichado del que se acerque”.

Federico SCHOPF

Charles Baudelaire

Tu cabeza, tu gesto, tu aire
Como un bello paisaje, son bellos:
Juguetea en tu cara la risa
Cual fresco viento en claro cielo.

El triste paseante al que rozas
Se deslumbra por la lozanía
Que brota como un resplandor
De tus espaldas y tus brazos.

El restallante colorido
De que salpicas tus tocados
Hace pensar a los poetas
En un vivo ballet de flores.

Tus locos trajes son emblema
De tu espíritu abigarrado;
Loca que me has enloquecido,
Tanto como te odio te amo.

Frecuentemente en el jardín
Por donde arrastro mi atonía,
Como una ironía he sentido
Que el sol desgarraba mi pecho;

Y el verdor y la primavera
Tanto hirieron mi corazón,
Que castigué sobre una flor
La osadía de Naturaleza.

Así, yo quisiera una noche,
Cuando la hora del placer llega,
Tregar sin ruido, como un cobarde,
A los tesoros que te adornan,

A fin de castigar tu carne,
De magullar tu seno absuelto
Y abrir a tu atónito flanco
Una larga y profunda herida.

Y, ¡Vertiginosa dulzura!
A través de esos nuevos labios,
Más deslumbrantes y más bellos,
Mi veneno inocularte, hermana.



Charles Baudelaire

Francés, nació en 1821. Su obra más importante: "Las flores del mal".

Esta fue una de las composiciones condenadas en la 1ª edición, gracias a la increíble suciedad de la mente de los jueces galos, que creyeron descubrir un sentido a la vez sanguinario y obsceno, en las dos últimas estrofas.

EDITORIAL SINFRONTERAS

presenta una

NUEVA ANTOLOGIA DE PABLO DE ROKHA

Selección y estudio introductorio de Naín Nómez

Esta nueva antología de Pablo de Rokha es una selección comprensiva de toda la obra de este importante poeta chileno y comprende textos que cubren 52 años de su producción. La antología se compone de poemas, textos de estética literaria y escritos autobiográficos inéditos.

El estudio introductorio ayuda a comprender la evolución histórica del poeta y desarrolla las temáticas fundamentales de los 40 libros que forman su obra publicada.

Formato 16 (17,5 x 24 cms.). Aprox. 240 págs.

Valor especial a suscriptores:

En Chile \$ 1.800 En el exterior \$ US 18

Casilla 6071 Correo 22 Santiago - Chile

EDICIONES DOCUMENTAS

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS:

La democracia socialista
Norberto Bobbio

*Vías Paralelas. La Otan
y el Pacto de Varsovia.*
Oscar Waiss

*Ensayos sobre capitalismo,
socialismo y desarrollo.*
Máximo Lira

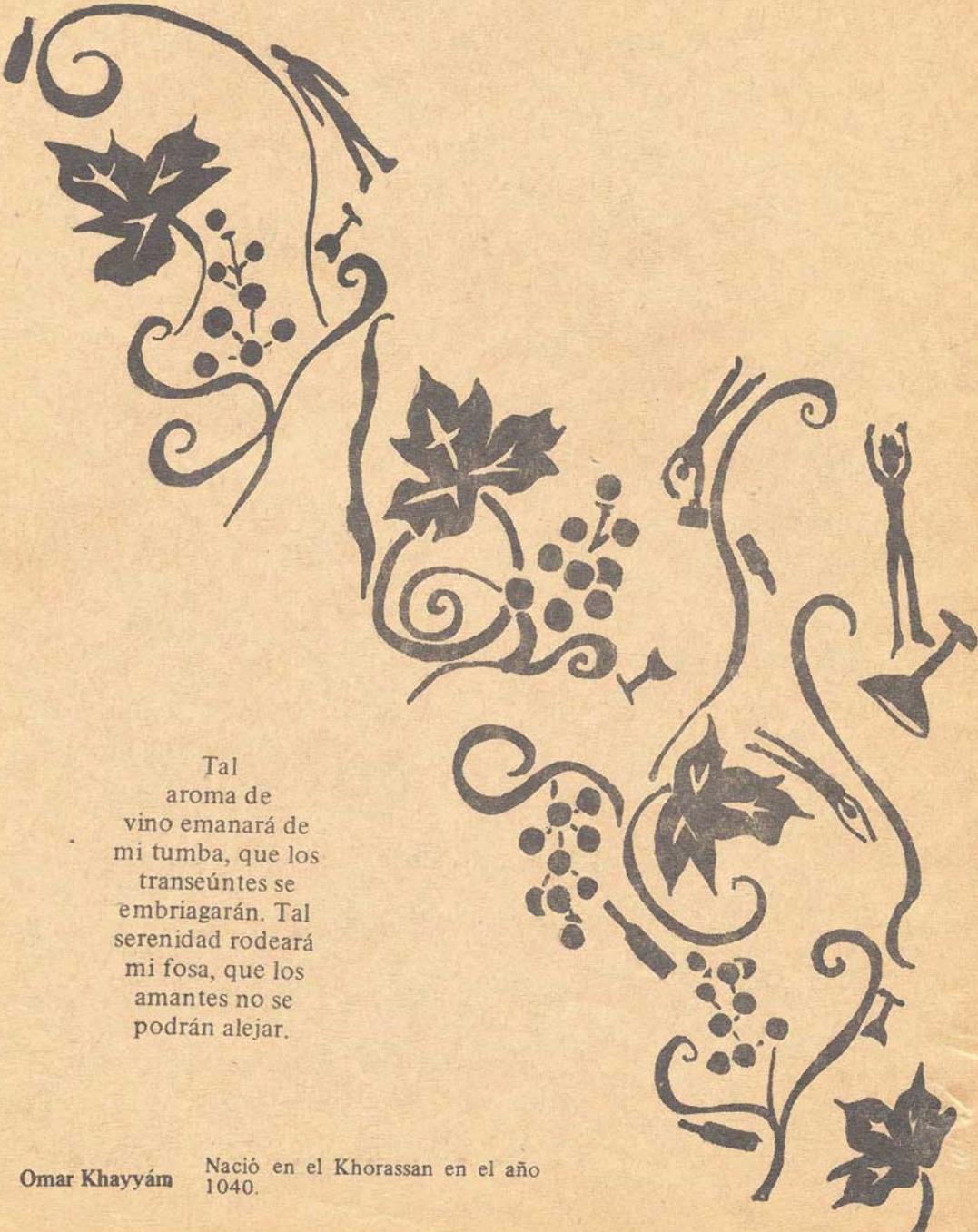
*La transformación del
Estado. La experiencia
de la Unidad Popular.*
Alejandro Rojas

En venta en las mejores librerías y en
Librería Documentas, Merced 832 Loc. 33
Fono 6991924

Editor Literario: Erwin Díaz M.
Editor Gráfico: Viviana Ramírez

Colaboradores

Elvira Hernández / Marina Pinilla
Adriana Espinoza / Jorge Montealegre
Pía Barros / José Díaz G.
Federico Schopf / José María Memet



Tal
aroma de
vino emanará de
mi tumba, que los
transeúntes se
embriagarán. Tal
serenidad rodeará
mi fosa, que los
amantes no se
podrán alejar.